ASOCIACION Y PENSAMIENTO

JOSE LUIS PINILLOS*
Departamento de Psicología y Antropología
Universidad Complutense de Madrid

Como tantos otros, siempre he creído que el pensamiento humano, al menos en sus formas y niveles superiores, no se puede explicar razonablemente desde una perspectiva asociacionista. La propia historia de este movimiento ha puesto de relieve la gravedad de las dificultades con que, endémicamente, han tropezado los intentos de reducir la consecutividad del razonamiento a una pura concatenación asociativa. Hasta PAVLOV, que no era precisamente hostil al concepto de asociación, se dio perfecta cuenta de que el discurso no puede reducirse a un condicionamiento complejo, de segundo orden, y de ahí su apelación a un segundo sistema de señales, cualitativamente distinto del primero. A la postre, el pensamiento humano discurre básicamente *en razón de*, no *a causa de*, y su dirección difícilmente puede ponerse a cuenta de la pura contigüidad, semajanza o contraste de las impresiones, "ideas" o estímulos, pues tanto da para el caso una cosa como otra, que inciden sobre el sujeto del comportamiento intelectual. Creo, en suma, que la psicología del pensamiento hizo bien en oponerse a las pretensiones reduccionistas del asociacionismo, tanto en sus versiones introspectivas como conductistas, y en esta idea continúo firme.

Dicho esto, sin embargo, he de confesar que desde hace algún tiempo tengo la impresión de que este planteamiento no es del todo justo, acaso más por lo que

*JOSE LUIS PINILLOS: Director del Departamento de Psicología y Antropología de la Universidad Complutense. Madrid (España).

calla que por lo que dice. El pensar humano es irreductible, sí, a una pura concatenación de contigüidades, semejanzas o contrastes de elementos sensoriales, excepto que no es seguro que los movimientos asociativos de la mente sean de naturaleza exclusiva o estrictamente causal, ni menos aún que no intervengan para nada en la dirección del pensamiento. A decir verdad, cada vez dudo más de que la reversibilidad, las relaciones implicativas, la finalidad y la actividad pertenezcan en exclusiva al pensamiento racional, dicho sea así, mientras el mundo de las asociaciones mentales se halla regido tan sólo por la causalidad, carece de espontaneidad y no desempeña función alguna en la dirección del discurso. Tal separación me parece en exceso forzada y creo que desconoce el importante cometido mediacional que la asociación desempeña entre lo sensible y lo inteligible.

Diversas circunstancias, a las que aludiremos más adelante, condujeron al asociacionismo por el camino de un mecanicismo mental muy exagerado, que acabó provocando fuertes reacciones en contra, por lo demás de muy diverso signo. El conductismo, valga el ejemplo, rechazó la asociación de ideas no por lo que había en ella de asociacionista, sino por lo que tenía de mentalismo, mientras la psicología de la forma procedió justamente al revés. Es decir, WATSON rompió con el asociacionismo introspectivo de WUNDT porque las ideas eran mentales y KOHLER, en cambio, porque eran elementales: igual, dicho sea de pasada, que los estímulos y las respuestas que las sucedieron.

Ahora bien, muchos enfrentamientos tienen su origen en opciones tomadas hace mucho tiempo. Revisarlas suele ser útil, porque es en ellas donde la Historia configura el "hacia" del camino que luego prosiguen los saberes. En otras palabras, la vuelta a los orígenes tiene valor de método. Fijémonos, por ejemplo, en ese conocido pasaje del *Fedón*, en que Sócrates intenta hacer comprender a Simias cómo la percepción de objetos presentes pone en el pensamiento imágenes de seres ausentes.

> "Y bien - dice Sócrates -, ¿no sabes lo que les sucede a los amantes cuando ven una lira, un traje o cualquier otra cosa que en sus amores tienen costumbre de utilizar?. Pues que en reconociéndola se presenta en su pensamiento la imagen de aquel a quien ha pertenecido".

En este pasaje, Platón hace una de las primeras formulaciones que se conocen del fenómeno asociativo que aún carecía de nombre. Ni que decir tiene que Platón no pretende reducir el pensamiento a una cadena asociativa de sensaciones o imágenes; es bien sabido que el discípulo de Sócrates no compartía precisamente el atomismo sensista de Demócrito, del que a la postre se derivan todos los asociacionismos que en el mundo han sido. No obstante, ello no le impide reconocer que la costumbre de ver juntas determinadas cosas, o su similitud, influye en el curso del pensar. La contigüidad habitual del amante y su lira determina que la percepción de ésta lleve a pensar en aquel, lo cual a lo que más se parece es al establecimiento de una relación de sentido. La asociación, pues, opera de un modo cuasi intencional, proponiendo al pensamiento un objeto de conocimiento. En realidad, para ser exactos, no es la pura visión lo que, a juicio de Platón, pone en marcha el recuerdo; es el reconocimiento de lo visto lo que hace pensar en algo que, de otro modo, no haría acto de presencia en el alma. Pero a última hora, con independencia de cual fuese la teoría platónica del

conocimiento, lo que psicológicamente importa es que, por virtud de la contigüidad, lo que está convoca a lo que no está. Más todavía, se trata de una convocatoria que posee un sentido vital, lo suscitado no es cualquier cosa, es una representación que orienta la actividad del pensamiento hacia algo significativo para el sujeto. Lo recordado, en suma, enriquece lo percibido, dilatándolo e inscribiéndolo en un contexto personal. Platón, insisto, que se halla en los antípodas del atomismo psíquico, acepta que la contigüidad habitual completa a nivel de representación lo que a nivel de presencia es fragmentario. O sea, concede a la contigüidad - también a la similitud y el contraste - una modesta, pero efectiva participación en el proceso totalizador que protagoniza el pensamiento.

En Aristóteles, las cosas no acontecen de forma muy distinta. Acaso concede un mayor peso al esfuerzo personal en la búsqueda del recuerdo, pero en el fondo la tesis es la misma que la de su maestro, aunque con una garra empírica mayor:

> "Tal y como ocurre en la experiencia, los actos de memoria se deben al hecho de que un movimiento del alma es naturalmente seguido por otro que le sucede con un orden regular...Esto explica por qué ejecutamos una serie de actos, comenzando bien por una intuición presente, bien por alguna cosa similar o contraria a la que buscamos, o por algo contiguo a ella. Tal es el fundamento empírico del proceso de memoria; porque los movimientos mnésicos implicados en esos puntos de partida son en algunos casos idénticos, y en otros simultáneos, con los de la idea que buscamos, mientras que otros comprenden una parte de ellos, de manera que el remanente de lo que uno recuerda después de esa parte es comparativamente pequeño".

A diferencia de lo que en el *De anima*, donde las explicaciones son de tipo principialista, esto es, van por la vía de los principios operativos o facultades del alma, en el *De memoria et reminiscentia* Aristóteles se inclina más, como puede advertirse en el texto citado, por el establecimiento de relaciones empíricas en la sucesión de los movimientos del alma, esto es, opta por la categoría de relación como eje de explicación psicológica: unos movimientos se explican por otros. Así, cuando las cosas aparecen una y otra vez juntas, o se suceden con un orden regular, la percepción de una de ellas provoca en el alma el movimiento que habitualmente la sigue.

Como veremos, no muy distinta de esta teoría va a ser la que formula David HARTLEY, el fundador del asociacionismo, dos milenios más tarde, excepto que inscribiéndola, eso sí, en un clima intelectual y en unas coordenadas mecanicistas de las que Aristóteles se hallaba muy distante. En definitiva, los movimientos asociativos, si se nos permite emplear este término antes de tiempo, aparecen en la psicología aristotélica integrados en una concepción substancialista del alma, donde el protagonismo corre a cargo del entendimiento y la razón, mientras que para la psicología asociacionista moderna será la asociación de ideas lo que se ponga al frente de la vida mental. Esta ruptura, la conversión del mecanismo asociativo en el elemento constituyente y directivo de la mente, no va a producirse hasta que la caída del *ordo* medieval y el orto de la nueva ciencia configuren el clima mecanicista propicio al relanzamiento del atomismo psíquico apuntado por Demócrito y los epicúreos de la Antigüedad clásica.

Todo esto, sin embargo, habrá de esperar. El pensamiento cristiano va a proseguir por los caminos que han abierto Platón y Aristóteles. He aquí, vaya por caso, cómo San Agustín describe los modos de recordar propios del hombre:

"Un modo - nos dice - es por razón de semajanza, como cuando el recuerdo de Sócrates nos hace pensar en Platón, que se le asemeja en sabiduría. Otro es por razón de contraste, como cuando la mención de Hector trae consigo el nombre de Aquiles. Y otro lo es por razón de alguna proximidad, como cuando la memoria del padre hace pensar en la del hijo. Y la misma razón es la de cualquier otra clase de proximidad, bien de compañía, de lugar o de tiempo. Y a causa de esto se recuerda, porque los movimientos de estas cosas se suceden con un orden".

El texto presenta un cierto interés, aparte del que tiene como testimonio de una continuidad histórica en las ideas de fondo. Tal vez debido a su inclinación platónica y a su mentalismo, San Agustín sitúa el juego asociativo entre las representaciones mismas y sus nombres. No es preciso ver a Sócrates para pensar en Platón, ni a Hector para recordar el nombre de Aquiles. La conexión tiene lugar entre "ideas", y muy principalmente, por modo de semejanza y contraste, esto es, a través de dos operaciones comparativas cuya condición subjetiva, individual es notable. Establecer una relación de parecido conlleva, en efecto, un cierto toque de arbitrariedad en el que, a juzgar por lo que varía de unos individuos a otros, participan experiencias personales sumamente heterogéneas. Todo el mundo asocia el relámpago al trueno, el juego de los parecidos tiene mucho de acertijo. Quizás el concepto plotoniano de hombre interior que San Agustín compartía le indujo a acentuar el carácter recóndito y biográfico de las rememoraciones, pero sin que por ello se alterara el planteamiento clásico. Casi mil años después, Santo Tomás de Aquino continuaría la tradición, puntualizando en sus comentarios al *De memoria* que son tres las causas por las que el alma recuerda:

"Quandoque quidem ratione similitudinis... Quandoque vero ratione contrarietatis... Quandoque vero ratione propinquitatis cuiscumque... vel societatis, vel loci, vel temporis; et propter hoc fic reminiscentia".

En el siglo XIII, pues, todo sigue más o menos igual: la tríada anímica, la filosofía de la materia y la forma y casi todo lo relativo al entendimiento, salvo quizás lo referente a su destino ultra terreno. El lugar en que desembocan los movimientos suscitados por la contigüidad, la semejanza y la forma continúa siendo la fantasía. Ello facilita su participación en la guía de las operaciones vitales, porque si bien la alta función intelectual de abstraer las formas de las imágenes corresponde al entendimiento agente - acto sin mezcla de materia -, la clase de imágenes que se le presentan y reclaman su actividad abstractiva depende, en buena medida, de lo que le sirven los modos de recordar, esto es, viene determinada por razón de contigüidad, semejanza y contraste. Esta es, por tanto, la cuestión de fondo, a saber: que el entendimiento abstrae de lo que la asociación le trae. Desde planos diferentes, ambos (el entendimiento y la memoria) concurren a la buena marcha de las operaciones vitales. Es verdad que, en la filosofía aristotélico-escolástica, el entendimiento dice de suyo relación esencial a las cosas; pero también es cierto que los contenidos concretos que la contigüidad, la similitud o el contraste sitúan en la fantasía modulan esa relación y la dirigen en este o aquel sentido, a tenor de los hábitos y costumbres que determinen las circunstancias individuantes de cada cual.

Todavía en pleno Renacimiento continuará vigente esta manera de entender lo que más tarde vendrá en llamarse asociación. Como a modo de resumen escribirá Juan Vives en su *Tratado del alma*, "las cosas que se han recibido juntas en la fantasía, al presentarse una de ellas, suele llevar también consigo la otra". Aún no se habla de leyes de la asociación, pero ya la Historia comienza a impacientarse y en un tiempo muy

breve se van a producir "grandes mudanzas de uso antiguo", para usar la expresión de Fray Antonio de Guevara. Muy pronto, bajo la cobertura de una filosofía empirista, la asociación emprenderá una original navegación, rumbo al mecanicismo de la mente.

En Francia, las cosas se van a retrasar. Descartes acude a la mecánica para dar cuenta de los movimientos atomáticos del cuerpo, pero no está dispuesto a hacer lo mismo con los movimientos del alma, que son actos de pensamiento. Aquí, si cabe emplear un adverbio de lugar para referirse a lo que carece de extensión, la mecánica sobra, y el sensualismo también. La autoridad de Descartes puede más que los intentos renovadores de Gassendi, y el asociacionismo no logra despuntar hasta que el abate Condillac se decide a dotar a su estatua de vida psíquica a partir de una simple sensación olfativa. En España, que yo sepa, ni siquiera hubo un Condillac.

En realidad es Hobbes quien, al amparo de Bacon y de la buena tradición experimental inglesa, inicia con mayor fortuna la reducción de las facultades del alma a sensaciones y procesos asociativos. En su obra sobre *La naturaleza humana* (1651), Hobbes todavía estudia las potencias del alma, o mejor dicho, de la mente, pero lo hace tematizando ya de un modo especial el influjo que la contigüidad de las impresiones sensibles, y de los objetos que las producen, tiene sobre el decurso del pensamiento:

> "Por ejemplo, la mente humana corre de San Pablo a San Pedro porque ambos nombres suelen leerse juntos; de San Pedro se pasa a la idea de piedra por la misma causa; de la piedra al cimiento porque solemos verlos unidos; y por igual causa del cimiento a la iglesia, y de la iglesia a la gente y de ésta a la muchedumbre; y de acuerdo con este ejemplo vemos que se puede pasar casi de cualquier cosa a cualquier otra".

Pero precisamente eso, pasar de cualquier cosa a casi cualquier otra, es lo que no se puede hacer cuando la mente sigue el hilo de un razonamiento. Es verdad que en el ejemplo de asociación continuada que nos propone el autor, el pensamiento parece abandonarse de una cosa en otra, sin propósito ni regla alguna, como no sea la de dejarse llevar por lo primero que se le ocurre, a pesar de lo cual la sucesión de ideas que se describe guarda un cierto parecido con lo que hace el hombre cuando discurre. Sólo que se trata de un parecido algo amañado, porque de hecho en las asociaciones continuadas libres hay quiebros y extraños que rompen la continuidad de sentido al menos del sentido manifiesto - que tan gentilmente nos ofrece Hobbes en el texto. A decir verdad, las ideas que pone en el pensamiento el libre flujo asociativo no van enhebradas con el hilo implicativo con que la razón teje su discurso: no hay premisas, ni conclusiones, ni reglas formales que conduzcan de unas a otras. El curso de la asociación se halla más próximo a las sinuosidades que presenta la coyuntura vital de cada uno, y precisamente ahí radica su singular valor de mediación entre lo particular y lo universal. Es posible admitir que la sucesión de ideas que acontece en la asociación continuada reposa sobre un cierto hilo de sentido, no siempre manifiesto pero que una hermenéutica apropiada - FREUD elaboró una - podría en principio descubrir. A esto podríamos llamarlo quizás *decursividad,* pero nunca *discursividad*. En el primer caso, el sentido serpentea por la fantasía sin rumbo fijo; en el segundo, viene definido por la proposicionalidad del discurso. HOBBES no llegó a substituir nunca del todo el discurso racional por el mero decurso asociativo, no llegó a renunciar a la existencia de un principio superior del movimiento mental, pero otros lo harían a no tardar.

En la cuarta edición de su *Ensayo sobre el entendimiento humano* (1700), John LOCKE utiliza por primera vez los términos "asociación" y "asociado" - una vez cada uno -, para referirse a la unión de las ideas en la mente del hombre. LOCKE prescinde del alma y sitúa en primer plano el tema de las *ideas,* que no son sino los objetos de la mente cuando piensa. Las hay de dos clases: ideas de sensación e ideas de reflexión, siendo naturalmente las sensaciones los elementos últimos, simples, de que se componen las ideas complejas. Para componerlas, sin embargo, es menester la *reflexión,* es decir, hace falta que la mente vuelva sobre sus propias operaciones, lo cual en verdad no se entiende muy bien si la mente no es algo distinto de sus ideas y operaciones. A la postre, para salir de este embrollo, LOCKE insinúa que la reflexión viene a ser como una especie de *agency,* superior a la sensación, que tiene encomendado entre otras cosas el razonamiento.

La similitud entre la "agencia" de LOCKE y el entendimiento agente ya indica que el notable empirista y defensor de la libertad no llegó al extremo de reducir la vida mental a un puro tren asociativo. LOCKE entiende, sí, que el curso de las ideas acontece por modos muy diversos, a los que ya tardíamente añade el asociativo, pero no descarta nunca del todo el poder de la mente para unir o desunir por sí misma lo que considere oportuno:

> "La mente - sostiene LOCKE - une de forma arbitraria ideas simples en ideas complejas, según lo considere conveniente, a la vez que es capaz de separar otras que están muy unidas en la naturaleza, y no las combina en una sola porque no tienen necesidad de un nombre".

Antes bien, lo que realmente le preocupa al autor es que el cambiante curso del pensamiento no se halla tan guiado por la razón como parece y debiera. En su célebre capítulo sobre la asociación, lo que de verdad le importa no son las clásicas modalidades descritas por PLATON y ARISTOTELES: es el desorden del pensamiento, la irrupción errática de ideas suscitadas por las inclinaciones del sentimiento, o por hábitos coyunturales, cuando no por asociaciones patológicas. Lo decisivo es que "esa fuerte combinación de ideas no aliadas por naturaleza, que tiene lugar en la mente, es en cada cual muy diferente, según sus diversas inclinaciones, educación, intereses y costumbres". Diversidad que, aunque de interés para el médico o el psicólogo, no podía por menos que preocupar a un filósovo, por empirista que fuese. En última instancia, ocurre que el *homo rationalis* ya se desdibuja; a última hora, nadie es del todo normal, y todo el mundo tiene más razones que razón. Se toma ojeriza a lo que causa daño, se rumian los fracasos, y el tiempo y las costumbres obran lentamente lo que la razón no alcanza por sí sola. Con LOCKE, la dirección del pensamiento empieza a ser contestada. La psicología de dentro afuera, configurada por una forma substancial, da paso a una psicología de fuera adentro, donde las impresiones de los sentidos, las circunstancias que las diversifican y, en definitiva, la loca de la casa, esto es, la fantasía que se alimenta del juego asociativo cobran un creciente peso. El aprendizaje y las diferencias individuales entran por la puerta que abre John LOCKE.

No obstante, el verdadero iniciador del asociacionismo es David HUME. El es quien realmente completa el giro epistemológico preciso para tomar un nuevo rumbo y de su mano aparecen las *leyes* de la asociación:

"Si las ideas estuvieran sueltas y desconectadas, sólo el azar podría unirlas, sería imposible que las mismas ideas se unieran regularmente una y otra vez para formar, como de ordinario acontece, otra idea, al menos que las uniera algún nexo, alguna cualidad asociativa, por virtud de la cual una idea trajera consigo otra".

Atenieńdose a lo que advierte en su experiencia interna, HUME entiende que el orden de las ideas que cruzan la mente postula la *existencia* de alguna fuerza reguladora, aunque la indagación de su *esencia* no constituya un menester propio de la nueva filosofía. Semejante fuerza asociativa - que por similitud le hace pensar a uno en el *habith strength* de C.L. HULL - no es para HUME sino un nombre que expresa una relación, o mejor dicho, una sucesión empírica regular entre ciertos fenómenos psíquicos experienciables, las percepciones, que son a fin de cuentas las que componen la mente:

"Nos encontramos aquí - concluye el autor del *Tratado de la naturaleza humana* - con una clase de atracción que tiene en el mundo mental efectos tan extraordinarios como en la naturaleza... efectos que son muy visibles, pero cuyas causas son desconocidas".

Es ya la mecánica celeste de NEWTON transferida al microscopio mental del hombre. A la postre, lo que da teóricamente razón del orden empírico de las ideas es un análogo de la gravitación universal, una Atracción que HUME se permite calificar de "fuerza sutil" - *gentle force* la llama - que no siempre prevalece y que opera según tres modos de conexión: el de la semejanza, el de la contigüidad de tiempo y lugar, y el de la causa y el efecto o viceversa.

La analogía era tentadora. HUME, sin embargo, era un pensador demasiado sagaz para dejarse arrastrar por impresiones superficiales, y no dejó de percibir las dificultades que entrañaba el desarrollo de una mecánica de la mente. Además, HUME no era psicólogo y, de hecho, nunca se propuso crear un sistema de psicología y, por otra parte, ocurre que ya en el *Inquiry* abrevia el tema asociativo. En todo caso, aunque el asunto es confuso, parece que nuestro filósofo tampoco se vio totalmente libre de las vacilaciones y problemas que habían preocupado a su predecesor LOCKE en relación con el alcance de las asociaciones. Junto a las cuestiones de hecho y las relaciones de ideas - puntos fuertes de su pensamiento -, reconoció HUME la existencia de la idea de relación y de cuestiones formales, expresables en proposiciones absolutamente necesarias, cuyas contrarias son contradictorias: quizás las *verités de raison* que LEIBNIZ había opuesto a las *verités de fait*, a las certezas "históricas". Aunque vacías respecto del conocimiento empírico, semejantes proposiciones eran articulables, y HUME no lo ignoraba, en saberes demostrativos que deducen conclusiones a partir de principios de materia necesaria. Esto difícilmente encajaba en su empirismo.

Como decimos, la cuestión es obscura, pues de hecho HUME sólo tematizó la relación de ideas, la asociación, e intentó reducir a mera creencia - *belief* - la misma idea de necesidad, la substancia, la causalidad, el yo, el razonamiento moral y el matemático, es decir, todo el *understanding,* todo el entender del hombre. A pesar de lo cual, tengo para mí que a la postre la cualidad asociativa se le quedó a HUME en un estatuto epistemológico incierto, en una atracción *sui generis,* que no era estricta causación física, ni tampoco pura implicación lógica. No soy ningún experto en HUME,

desde luego, pero contemplada desde mi perspectiva, su cualidad asociativa se me antoja una mediación racioforma que el mecanicismo de la época se empeñaba en elevar a un rango cognitivo superior a sus posibilidades. Creo que en este punto, nuestro hombre vaciló.

En cualquier caso, HUME se hizo cargo del problema. Menos perspicaz que él, su homónimo y contemporáneo David HARTLEY tiró por la calle de en medio y decidió que todos los movimientos de la mente, sin excepción, se hallaban exhaustivamente regidos por la ley fundamental de la asociación, esto es, por la ley de la contigüidad, la más mecanizable de las modalidades descritas por la filosofía antigua. A partir de la contigüidad de las vibraciones nerviosas, una versión fisicista de la teoría de los espíritus animales, HARTLEY lo explica todo: la memoria y el razonamiento, la acción voluntaria y la involuntaria: todo el "pensar" cartesiano. Con HARTLEY, verdadero fundador del asociacionismo moderno, la totalidad del acontecer mental se reduce a un contigüismo vibratorio que absorbe incluso la similitud y el contraste. Es él, quien a pesar de sus veleidades teológicas ocasionalistas, completa el giro mecanicista de la *mental philosophy*, que un siglo más tarde James MILL llevará a extremos imposibles con su *Análisis de los fenómenos de la mente humana*. Si varias vibraciones son excitadas a la vez, se superponen hasta componer una disposición latente común, de tal manera que cuando una de ellas vuelve a ser excitada, las otras también. Este es el mecanismo básico - no muy distinto en esencia del que más tarde será formulado por PAVLOV y UKHTOMSKY para dar razón fisiológica del condicionamiento - con el que HARTLEY intentará explicarlo todo, desde el conocimiento sensible hasta el razonamiento, aunque en el último momento su transfondo teológico le mueva a hacer la salvedad de que lo que es mecánico puede ser "entendido y remediado". Igual que al abate CONDILLAC la fe le impediría llevar el sensualismo a sus últimas consecuencias, la biología y la teología atemperan finalmente el mecanicismo de HARTLEY. Serían otros, como MILL, PRIESTLEY o TAINE, quienes prescindirían de tales remilgos.

Las reacciones contra el asociacionismo no se hicieron esperar y son bien conocidas. La escuela escocesa se opuso a la unión mecánica de las sensaciones, llamó la atención sobre la falta de unidad intrínseca y de espontaneidad de una mente reducida a un compuesto asociativo, y subrayó a la vez el cometido de la actividad intelectual en la integración de la experiencia humana y en la dirección de las operaciones vitales. El propio James MILL acabó reconociendo la existencia de ideas que *no pueden disociarse ni unirse*. Por último, bajo el fuego cruzado de innumerables críticas, entre las que no faltaron las del propio hijo de MILL, John Stuart, el artificio se desmoronó, no sin dar paso, eso sí, a nuevos intentos de hacer de la asociación, reducida ya a sus bases materiales, el eje explicativo de la psicología *"ohne Seele"*, de la psicología objetiva contemporánea.

No es este el momento de entrar en detalles de la muerte y transfiguración del asociacionismo clásico. Al ser asumido por WUNDT en su psicofisiología experimental, el asociacionismo reveló algunos de sus defectos más capitales, que

entorpecían su progreso científico. El carácter compositivo e inerte de la conciencia asociacionista fue remediado por WUNDT con la adición de una hipotética síntesis creadora, que de algún modo recogía la vieja tesis del entendimiento agente y de la *agency* lockiana, a nivel perceptivo. Pero el solemne Herr Professor fue incapaz de superar el dualismo mente-cuerpo y terminó embarrancando en el paralelismo psicofísico, de tal manera que a un lado quedaba el pensamiento y al otro los experimentos. Si a esto se agrega que en la misma experimentación surgieron dificultades con la introspección sensista, incapaz de observar las directrices formales, los *sets* ordenadores de las operaciones intelectuales, descubiertos por KULPE y sus colaboradores de Würzburgo, se comprende que el propio WUNDT acabara dando por conclusa la psicología experimental introspectiva que él mismo había fundado. Una vez más, el pensamiento se había evadido de las redes asociacionistas. En las enjundiosas y abundantes páginas que el maestro dedicara al tema de la causalidad psíquica, son patentes los denodados esfuerzos que hizo por superar el mecanicismo de su tiempo. Ya sabemos que no lo consiguió. Pero tampoco habrían de lograrlo sus vencedores.

WUNDT murió convencido de que la psicología experimental carecía de futuro porque el pensamiento era inaccesible a la introspección y al control experimental. Al desprenderse de la conciencia, WATSON creyó haberse librado de este enredo, más propio en su opinión de una anticuada filosofía de la mente que de la flamante ciencia natural de la conducta, atenida por fin a lo observable. Y así fue en parte, aunque sólo en parte. En realidad, por muy de estímulos y respuestas que fuere, el conductismo retuvo el constructo de asociación, en sus nuevas versiones objetivas de condicionamiento instrumental y clásico. Con lo cual, en la entraña teórica de la ciencia de la conducta quedaron depositados los problemas de siempre, más algún otro inédito. Aparecieron nuevas cuestiones y las variantes de rigor, porque la historia no se repite. Pero se parece. Y así, la empresa fracasó de nuevo, no sin dejar aportaciones y perspectivas de valor, como en otras ocasiones. Pese a las grandes cantidades de ingenio y de dinero puestas en el asunto, ni con cadenas mediacionales ni sin ellas, pudo la ciencia de la conducta dar razón asociativa de la actividad intelectual. Obviamente, el auge de la actual psicología cognitiva es, en parte, una consecuencia del *impasse* conductista en este asunto. Ya la psicología del pensamiento, de inspiración gestáltica, había tratado de poner en claro qué ocurriría en la mente humana al pensar. Pero sólamente cuando la cibernética, la teoría de la información y la teoría de sistemas renovaron el decimonónico concepto de causalidad lineal que manejaba el conductismo, y se empezó a sacarle partido al contenido informativo de los estímulos y a superar el carácter cinemático de las respuestas, recuperando la noción de propositividad, tan sólo entonces fue posible la revolución cognitiva y la psicología estuvo en condiciones de ofrecer una alternativa al paradigma del estímulo, la asociación y la respuesta.

Acaso la alternativa no fue tan radical como se esperaba. La metáfora del ordenador, el concepto de retroalimentación y la substitución del binomio estímulo-respuesta por el par *input-output* no bastan para eludir las dificultades endémicas con que el mecanicismo psicológico psicológico ha tropezado a través de los

siglos. Los modelos de máquina, la simulación y toda la parafernalia del procesamiento de la información pueden ser y están siendo sumamente útiles en psicología cognitiva, pero no la inmunizan contra la tentación elementalista. No hay más que ver la inteligencia crítica que NEISSER ha hecho de la subteoría componencial de la inteligencia que sostiene STERNBERG, para comprobar que sus numerosos componentes y metacomponentes no se diferencian tanto de los viejos elementos a que nos tenía habituados el mecanicismo psicológico. Ciertamente, convengo en ello, a uno le asalta la duda de si esos componentes no responden más a las sub-rutinas del ordenador que al orden mismo del pensar. El concepto de máquina ha variado, sin duda, mas no por ello deja de prestarse al abuso reduccionista de turno.

Lo dicho no supone, en modo alguno, una toma de partido global a favor o en contra del asociacionismo, la *Gestalt*, el conductismo o la psicología cognitiva. Como todos los "ismos", cada uno de estos ha pretendido totalizar su punto de vista, transformando en una explicación total lo que no es sino una perspectiva parcial. Yo, en cambio, creo con ORTEGA que el conocimiento se perfecciona históricamente con la multiplicación de los puntos de vista y su incesante articulación en nuevas teorías, o por lo menos, con el desarrollo de perspectivas complementarias, que tal vez no es posible integrar en una teoría superior, pero que desvelan aspectos distintos de la misma realidad.

Una cosa es, en efecto, que reconozcamos que el todo es algo más que la suma de sus partes, que estamos conformes con que los elemenos de una estructura asumen propiedades que dependen de su posición en ella, que la relación de sentido no es un dato de observación sensorial, pero sí cognitivo, o que la comprensión de un teorema difiere cualitativamente de su repetición memorística, vaya por caso, y otra muy distinta es olvidarse de que al fin y al cabo las leyes gestálticas de la percepción incluyen - de otro modo, es verdad, pero los incluyen - los mismos principios de la proximidad, la similitud y el contraste que los asociacionistas, y ARISTOTELES, han utilizado para explicar el recuerdo. Lo cortés no quita lo valiente, y por mucha simpatía intelectual que se tenga por la psicología de la forma, no se debe echar en saco roto la seria advertencia de PAVLOV, recordando que las asociaciones producen *Gestalten,* pero que éstas no producen asociaciones. Es innegable que la conciencia de un condicionamiento puede alterar sus resultados, pero asimismo es abrumadora la evidencia de que es posible condicionar una representación intelectual, convertir en atractiva o en aversiva una idea neutral o quién sabe qué más. Para no repetir lo que ya se ha dicho en tantas ocasiones sobre el condicionamiento semántico, recordaré que Anthony J. MARCEL ha probado bien recientemente la intervención de procesos asociativos verbales no conscientes en la producción de palabras. Concretamente, respuestas a estímulos verbales cuya percepción consciente es inhibida por un *masking* visual individualizado, se ajustan a las que teóricamente predice el asociacionismo verbal. Palabras como "verde", "manzana", "claro" o "mesa", no percibidas conscientemente por los sujetos, pero indudablemente procesadas perceptual y asociativamente, provocan respuestas como "azul", "naranja", "obscuro", o "silla", que los individuos creen dar al azar, pero que en realidad se hallan determinadas por los estímulos

verbales con los que están asociadas. Lo interesante de estas experiencias no es sólo que las palabras que al sujeto se le ocurren guardan una relación asociativa con las palabras estímulo, sino que esta conocida relación acontece fuera de la conciencia del protagonista del episodio, y al parecer es procesada a un nivel distinto del que regula la producción verbal. En otras palabras, los mecanismos asociativos son diferentes de los intelectivos, pero determinan sus contenidos. Tal es al menos la conclusion que, a mi juicio, puede sacarse de estas interesantes experiencias en relación con nuestro problema.

Por lo demás, a estas alturas a nadie debería sorprender que muchas de las ideas que cruzan nuestra mente sin que sepamos por qué, deben su presencia a procesos perceptivos y asociativos de los que no tenemos noticia. No es menester aceptar que el discurso humano es un tren asociativo, para advertir que acude con frecuencia adonde las asociaciones le reclaman. En última instancia, esta es la colosal perogrullada que es preciso recordar a propósito del secular enfrentamiento entre intelectualistas y asociacionistas. Sería bueno que los cognitivistas y los conductistas de hoy se decidieran de una vez a reconocer la condición complementaria de sus teorías.

Pienso que ahora que el fuego de las polémicas de escuela parece haber cedido un poco, acaso no sea tan difícil admitir que la asociación tiene sus límites, pero concurre a la realización intelectual del ser humano. Creo sinceramente que ha sido un defecto del intelectualismo no caer en la cuenta de la importantísima función mediadora que los estímulos condicionados, o dicho de otro modo, las conexiones adquiridas, han desempeñado en el ascenso evolutivo de las especies hacia el despuntar de la razón humana. La asociación, qué duda cabe, es un mecanismo de nivel inferior al entendimiento y al discurso, pero ayuda a situarlos en sus circunstancias individuales, aproxima la lógica abstracta del razonamiento al zigzagueo de las situaciones concretas que vivimos los hombres de carne y hueso, se encuentra a medio camino entre la universalidad de los conceptos y la contingencia de las cosas y de las conductas. Sus modestas contigüidades, semejanzas y contrastes acercan a la tierra los altos vuelos de la razón, y a veces hasta los elevan. La creatividad humana no es ajena al libre juego de las asociaciones. Nada menos que EINSTEIN fue quien se dejó decir en más de una ocasión que la imaginación estaba por encima de la inteligencia. Si no se toma al pie de la letra, este *dictum* de un hombre genial podría modular la cópula que en el título de este ensayo une la asociación al pensamiento.